

tiene muchas ventajas sobre las nuestras; por cuanto, segun acabamos de ver, no es menos flexible ni á propósito para asir, palpar en grande, y tocar por menor. Todas estas operaciones se hacen por medio del apéndice á la manera de dedo, situado en la parte superior del borde que rodea la estremidad de la trompa, y deja en medio una concavidad en forma de taza, en cuyo fondo se hallan los dos orificios de los conductos comunes del olfato y de la respiracion; de suerte, que el elefante tiene la nariz en la mano, y es dueño de unir la fuerza de sus pulmones á la accion de sus dedos, y de atraer los líquidos por medio de una fuerte succion, ó levantar cuerpos sólidos muy pesados aplicando el borde de su trompa á su superficie, y haciendo un vacío en lo interior por aspiracion.

Así pues, la delicadeza del tacto, la finura del olfato, la facilidad del movimiento, y la potencia de la succion se hallan en la estremidad de la nariz del elefante. De todos los instrumentos con que la naturaleza ha adornado tan liberalmente sus producciones mas favorecidas, la trompa es acaso el mas completo y admirable; pues no solamente es un instrumento orgánico,

*literarum gnaros ammantiam oculos esse dixisses. 2*  
*Ælian. De nat. anim., lib. II, cap. II.*

sino un triple sentido, cuyas funciones reunidas y combinadas son al propio tiempo la causa y producen los efectos de aquella inteligencia y facultades que distinguen al elefante y le elevan sobre todos los animales. Está menos espuesto que otro ninguno á los errores del sentido de la vista, porque los rectifica prontamente por el sentido del tacto; y sirviéndose de su trompa como de un largo brazo para tocar los cuerpos á lo lejos, adquiere, como nosotros, ideas exactas de la distancia por este medio; en vez de que los otros animales (á escepcion del mono y de algunos otros que tienen como brazos y manos) no pueden adquirir estas mismas ideas sino recorriendo el espacio con sus cuerpos. Entre todos los sentidos el tacto es el que tiene mas relacion con el conocimiento: su finura y delicadeza dan la idea de la sustancia del cuerpo; la flexibilidad en las partes de este órgano da la idea de su forma exterior; la potencia de la succion da la de su pesadez; el olfato la de sus calidades; y la longitud del brazo la de su distancia. Así, por medio de un solo y mismo miembro, y por decirlo así, por un acto único y simultáneo, el elefante siente, percibe y juzga de muchas cosas al mismo tiempo; y equivaliendo en cierto modo una sensacion multiplicada á la reflexion, aunque este animal esté privado de la potencia re-

flexiva, de la misma suerte que todos los demas, como sus sensaciones se hallan combinadas en el mismo órgano y son contemporáneas y, por decirlo así, indivisas unas de otras, no es extraño que tenga de suyo una especie de ideas, y que adquiera en poco tiempo las que se le quieran trasmitir. La reminiscencia debe ser en él mas perfecta que en ninguna otra especie de animal, porque depende mucho la memoria de las circunstancias de los actos, y toda sensación aislada, aunque muy viva, no deja ninguna impresión distinta ni durable; pero muchas sensaciones combinadas y contemporáneas hacen impresiones profundas y dejan huellas estensas; por manera, que si el elefante no puede acordarse de una idea por solo el tacto, las sensaciones vecinas y accesorias del olfato y de la fuerza de succion que obraron al mismo tiempo que el tacto, le ayudan á recordar la especie. El mejor modo de hacer fiel la memoria en nosotros mismos es servirse sucesivamente de todos nuestros sentidos para considerar un objeto; y por falta de este uso combinado de los sentidos, olvida el hombre mayor número de cosas que las que conserva.

Por lo demás, aunque el elefante está dotado de mas memoria é inteligencia que ninguno de

los animales, sin embargo tiene el cerebro (1) mas pequeño que la mayor parte relativamente al volúmen de su cuerpo; lo que refiero únicamente como una prueba particular de que el cerebro no es el asiento de las sensaciones ó el *sensorio* comun, sino que este reside, por lo contrario, en los nervios de los sentidos y en las membranas de la cabeza: así los nervios que se estienden desde la trompa del elefante son tan numerosos, que equivalen á todos los que se distribuyen en el resto del cuerpo en el número. En virtud, pues, de esta singular combinacion de los sentidos y de las facultades únicas de la trompa, este animal es superior á todos los demas en la inteligencia, á pesar de la enormidad de su mole y de la desproporcion de su forma, por cuanto es al mismo tiempo un prodigio de inteligencia y un monstruo de materia. Dígalo y sino su cuerpo muy grueso y sin ninguna agilidad; el cuello corto y casi inflexible; la cabeza pequeña y disforme; las orejas estremadas, y mas todavía la nariz; los ojos muy pequeños, bien así como la boca, el miembro genital y la cola; las piernas macizas, derechas y poco flexibles; el pie tan corto (2) y tan pe-

(1) *Memorias para la historia de los animales*, parte III, págs. 435 y 436.

(2) No hay animal que tenga el pie mas pequeño

queño, que parece nulo; y la piel dura, gruesa y callosa: por manera, que todas estas disformidades parecen tanto mayores, cuanto que todas están modeladas en grande; y son tanto mas desagradables á la vista, quanto no tienen casi todas ningun ejemplar en la naturaleza, ni en otro ningun animal se ven la cabeza, los pies, la nariz, las orejas, ni los colmillos hechos ó colocados como en el elefante.

De tan estraña conformacion resultan varios inconvenientes para el animal, pues apenas puede volver la cabeza, y mucho menos volverse él mismo para retroceder, sin dar un gran rodeo. Los cazadores que le acometen por detrás ó de lado, evitan los efectos de su venganza con giros, y tienen tiempo para darle nuevos golpes mientras se esfuerza para volverse contra ellos. Las piernas, sin embargo de que su rigidez no es tan grande como la del cuello y del cuerpo,

á proporcion que el hombre, sino el elefante que le tiene aun menor, y por consiguiente mas corto que ningun otro animal... Los pies eran tan pequeños, que se puede decir que no se veían, porque los dedos estaban encerrados y cubiertos con la piel de las piernas, las cuales bajaban derechas al suelo, y parecían el tronco de un árbol aserrado al través. *Memorias para la historia de los animales*, pág. 102 y 103.

no se doblan sino lenta y dificultosamente, puesto que están fuertemente unidas con los muslos; tiene la rodilla como el hombre (1), y el pie igualmente bajo; pero este pie, que carece de estension, tampoco tiene elasticidad ni fuerza, y la rodilla es dura y sin flexibilidad. Con todo, mientras el elefante es jóven y está robusto, las dobla para echarse y para dejarse montar ó cargar; pero cuando es viejo ó está enfermo, se le hace tan difícil este movimiento, que tiene por mejor dormir en pie (2), ó si le hacen echarse por fuerza, es menester despues

(1) Sus rodillas son lo mismo que las del hombre, y no las tiene cerca del vientre, sino que están en medio del espacio que hay desde el vientre al suelo, y en el paraje en que las bestias tienen el talon; de suerte, que la pierna del elefante es semejante á la del hombre, así á causa de la situacion de sus rodillas, como de la pequeñez de su pie, en el cual la parte que hay desde el talon hasta los dedos es muy pequeña. *Memorias para la historia de los animales*, part. III, pág. 102.

(2) Hemos sabido de los que cuidaban en Versalles del elefante de que hablamos, que los ocho primeros años que vivió, se echaba y levantaba con mucha facilidad; y que los cinco últimos años no se echaba ya para dormir, sino que se apoyaba contra la pared de su aposento, de suerte que si venia á

valerse de máquinas para levantarle y ponerle de pies. Sus colmillos, que con la edad adquieren un peso enorme, como no están situados en posición vertical, según los cuernos de otros animales, forman dos grandes palancas, que en su dirección casi horizontal fatigan muy mucho su cabeza y la inclinan hacia abajo; de suerte, que el animal se ve á veces precisado á hacer agujeros en la pared de su aposento para sostenerlos y descansar de su peso (1). Tiene los inconvenientes de que el órgano del olfato está muy distante del órgano del gusto, y la incomodidad de no poder coger nada del suelo con la boca; porque su cuello corto no puede doblarse para bajar bastante la cabeza, y es preciso que tome su alimento y aun su bebida con la nariz; después la lleva, no á la entrada de la boca, sino hasta su garganta; y cuando su trompa está llena de agua, mete la estremidad hasta la raíz

echarse cuando estaba enfermo, era preciso agujerear el techo para levantarle con máquinas. *Memorias para la historia de los animales*, pág. 104.

(1) Nos hicieron ver que el elefante había empleado sus colmillos en hacer agujeros en las dos caras de un pilar de piedra que salía de la pared de su estancia; y estos agujeros le servían para apoyarse cuando dormía, afianzando en ellos sus colmillos. *Idem*, pág. 102.

de la lengua (1), probablemente para bajar la epiglotis, ó impedir que el líquido, que pasa con ímpetu, no entre en la laringe, por cuanto impele el agua con la misma fuerza de aliento que había empleado para absorberla, y sale de la trompa con ruido, entrando en la garganta con precipitación; y la lengua, la boca, ni los labios no le sirven como á los demás animales para sorber.

De ahí parece que resulta una consecuencia singular, y es que el elefante debe mamar con la nariz, y llevar después á su garganta la leche que ha chupado: sin embargo, los antiguos escribieron que mamaba con la boca, y no con la trompa (3); pero es de creer que no habían sido testigos del hecho, y que no le fundaron sino en la analogía, en razón de que ninguno de los demás animales tiene otro modo de mamar. Pero si el elefante joven hubiera una vez adquirido el uso ó la costumbre de mamar con

(1) *Memorias para la historia de los animales*, parte. III, pág. 109.

(2) «Pullus editus ore sugit, non promuscide, et statim cum natus est, cernit et ambulat.» Aristót., *Hist. anim.*, lib. VI, cap. XXVII. «Anniculo quidem vitulo æqualem pullum edit elephantus, qui statim ut natus est, ore sugit.» *Ælian.*, *De nat. anim.*, libro IV, cap. III.

la boca, chupando la teta de su madre, ¿por- que le habia de perder para todo el resto de su vida? porque no se sirve nunca de la boca para sorber el agua, cuando la tiene á proporcionada distancia? porque habia de hacer una doble acción, bastándole una simple? porque no se le ve tomar nada con la boca, sino lo que le echan dentro cuando la tiene abierta, etc. (1)? Parece, pues, muy verosímil que el elefante pequeño no mama sino con la trompa: esta con- jetura está no solamente comprobada por los hechos siguientes, sino que se funda en una ana- logía mejor que la que decidió á los antiguos. Hemos dicho que en general los animales al mo- mento de nacer no pueden ser advertidos de la presencia del alimento de que necesitan por ningun otro sentido que por el del olfato. El oído es por cierto muy inútil para este efecto; la vista lo es igualmente y sin la mas leve duda, pues por la mayor parte los animales no tienen los ojos abiertos cuando comienzan á mamar; el tacto no puede indicarles sino vaga ó indistin- tamente todas las partes del cuerpo de la madre, ó por mejor decir, no les indica nada relativo al apetito: así que, solo el olfato debe adver-

(1) *Memorias para la historia de los animales*, par- te III, pág. 109 y 110.

tirle, puesto que no tan solo es una especie de gusto que precede, sino tambien que acompaña y promueve al otro. Así pues, el elefante debe de ser advertido de la presencia del alimento, como todos los demas animales, por este gusto anticipado; y como el asiento del olfato se halla reunido en él con la potencia de la succion en la estremidad de su trompa, la aplica á la teta, chupa la leche, y despues la lleva á la boca para satisfacer su apetito. Además, teniendo la hem- bra las dos tetas situadas, como la muger, en el pecho, y siendo sus pezones muy pequeños y nada proporcionados á la magnitud de la boca del hijuelo, cuyo cuello tampoco puede doblar- se, seria preciso que la madre se tendiese boca arriba ó de lado para que él pudiese asir la teta con la boca; y todavía le costaria mucho trabajo el chupar la leche, á causa de la des- proporcion enorme que resulta de la magnitud de la boca y de la pequeñez del pezon: al con- trario, el borde de la trompa, que el elefante comprime todo cuanto quiere, es muy propor- cionado á la mamila, y el pequeño elefante puede fácilmente por su medio mamar de la madre, sea en pie, sea echada de lado. Así pues, todo con- curre á debilitar el testimonio de los antiguos sobre este hecho que afirmaron sin haberle ve- rificado; porque ninguno de ellos, ni alguno de

los modernos que yo sepa, dice haber visto mamar al elefante; y creo poder asegurar que si en lo sucesivo llega alguno á observarlo, se verá que no mama con la boca, sino con la nariz. Asimismo estoy persuadido de que los antiguos se engañaron cuando decían que los elefantes se toman al modo de los demás animales, y que la hembra solamente baja su grupa á fin de recibir al macho con mas facilidad (1). La posición de las partes parece que hace imposible esta situación para la cópula: la elefanta no tiene, como las otras hembras, el orificio de la vulva en lo inferior del vientre y cerca del ano, sino situado á tres pies ó tres y medio de distancia, y colocado casi en medio del vientre (2); mientras que por otra parte el macho no tiene el miembro genital proporcionado á la magnitud del cuerpo, como ni tampoco á tan largo intervalo, que en la supuesta situación quedaria del todo inútil. Los naturalistas y los viajeros están acordes en (3) que el elefante no tiene el miem-

(1) «Subsidit fœmina, clunibusque submissis insistit pedibus ac innilitur: mas superveniens comprimit, atque ita munere venereo fungitur.» Aristót., *Hist. anim.*, lib. v, cap. II.

(2) *Memorias para la historia de los animales*, parte III, pág. 132.

(3) «Elephantus genitale equo simile habet, sed

bro genital mayor ni mucho mas largo que el caballo: así que, no siéndole posible alcanzar á su término en la situación ordinaria de los cuadrúpedos, es forzoso que la hembra tome otra, y se tienda de espaldas. De Feynes (1) y Tavernier (2) lo afirmaron positivamente; pero confieso que no hubiera hecho mucho caso de sus testimonios si no se hallasen conformes con la posición de las partes, lo cual no permite á estos

parvum nec pro corporis magnitudine. Testes idem non foris conspicuos sed intus circa renes conditos habet.» Arist., *Hist. anim.*, lib. II, cap. I. *L'Afrique d'Ogilby*, pág. 13 y 14.

(1) Cuando estos animales quieren tomarse, lo hacen al modo del hombre y de la muger; despues, luego que han tenido la cópula, el elefante mete su trompa por debajo de la hembra, y la levanta al mismo tiempo. *Viaje por tierra á la China*, del Sr. de Feynes. Paris, 1630, pág. 90 y 91.

(2) Aunque el elefante no toca nunca á la hembra despues que se halla cautivo, sin embargo sucede que á veces entra como en calor. En la hembra es muy digno de notar que cuando entra en calor recoge toda suerte de hojas y de yerbas, de que hace una cama muy acomodada, con una especie de cabecera, y elevada cuatro ó cinco pies del suelo, donde se tiende de espaldas para esperar al macho, al cual llama con sus gritos. *Viaje de Tavernier*, tom. III, pág. 240.

animales juntarse de otro modo (1). Así pues, los elefantes necesitan de mas tiempo y comodidades para esta operacion que los demas animales, y quizá por esta razon no se toman sino cuando están en plena libertad y tienen á la mano todas las facilidades de que necesitan. La hembra no solamente debe consentir, sino que es preciso que provoque al macho en una situacion indecente, la cual no toma nunca con toda probabilidad sino cuando se cree sin testigos (2).

(1) Ya habia escrito este articulo cuando recibí unas notas de Mr. de Bussy sobre el elefante: este hecho, que la posicion de sus partes me habia indicado, se halla plenamente confirmado por su testimonio. «El elefante, dice Mr. de Bussy, se junta de un modo singular: la hembra se tiende de espaldas; y el macho, apoyándose sobre sus piernas anteriores, y doblando hácia atrás las posteriores, no toca á la hembra sino lo que es necesario para el coito.»

(2) «Pudore nunquam nisi in abdito coeunt.» Plin., *Hist. nat.*, lib. VIII, cap. v. Los elefantes se toman muy raras veces... Y cuando lo hacen es con tanto secreto, y en lugares tan solitarios, que nadie puede alabarse de haberlos visto en estos momentos. Jamás producen en el estado de domesticidad. *Viaje á las Indias orientales del P. Vicente Maria de santa Catalina de Sena*, impreso en italiano en Venecia en 1683, cap. XI, pág. 393 y sig.

¡Y qué! ¿Seria acaso, pues, el pudor una virtud física que se halla igualmente en las bestias? Por lo menos es, como la dulzura, la moderacion y la templanza, el atributo general y el bello dote de todo sexo femenino.

Así pues, el elefante no mama, ni se toma, ni come, ni bebe como los demas animales. El sonido de su voz es muy singular asimismo. Si se cree á los antiguos, se divide, por decirlo así, en dos modos muy diferentes y muy desiguales: el sonido pasa por la nariz, como tambien por la boca, y recibe varias inflexiones en esta larga trompeta, de suerte que es ronco y seguido, como el de un instrumento de bronce; al mismo tiempo que la voz que pasa por la boca (1) es interrumpida con pausas cortas y suspiros ásperos. Este hecho, afirmado por Aristóteles, y despues repetido por los naturalistas y aun por los viajeros, segun toda verosimilitud debe de ser falso ó por lo menos no es exacto.

(1) «Elephantus citra nares ore ipso vocem edit spirabundam, quemadmodum cum homo simul et spiritum reddit et loquitur; at per nares simile tubarum raucitati sonat.» Arist., *Hist. anim.*, lib. IV, capítulo IX. «Citra nares ore ipso sternutamento similem edit sonum. Per nares autem tubarum raucitatur.» Plin., *Hist. nat.*, lib. VIII.

Bussy asegura positivamente que el elefante no arroja ningún grito por la trompa: sin embargo, como el hombre mismo puede despedir algún sonido por la nariz cerrando exactamente la boca, puede ser que el elefante, cuya nariz es tan grande, arroje algún sonido por esta vía cuando su boca está cerrada. Como quiera que sea, el grito del elefante se oye de más de una legua, y sin embargo no es espantoso como el rugido del tigre ó del león.

El elefante es singular asimismo por la conformación de sus pies y la textura de su piel. No está cubierto de pelo, como los demás cuadrúpedos, sino que su piel está del todo rasa, y solamente le salen algunas cerdas en las grietas muy esparcidas por el cuerpo, pero bastante numerosas en las pestañas, detrás de la cabeza (1), en los agujeros de las orejas, y en la cara interior de los muslos y de las piernas. La epidérmis, dura y callosa, tiene dos especies de arrugas, unas hondas y otras en relieve; de suerte, que parece acribillada, y se asemeja mucho á la corteza de una antigua encina. En el hombre y en los animales está asida por todas partes á la piel; pero en el elefante solamente

(1) *Memorias para la historia de los animales*, parte III, pág. 413 y sig.

está unida por algunos puntos, como dos telas acolchadas. Esa epidérmis es naturalmente seca y muy sujeta á engruesar; adquiere frecuentemente tres ó cuatro líneas de grueso, á causa de la sucesiva desecación de las diferentes capas que se reproducen unas sobre otras; y esa suerte de densidad en la epidérmis es lo que produce la *elefantiasis* ó *lepra seca*, á la cual está espuesto el hombre á las veces, cuya piel está desnuda de pelo como la del elefante. Esta enfermedad es muy ordinaria en el elefante, y los Indios á fin de evitarla acostumbran frotarle frecuentemente con aceite, y conservarle la blandura de la piel con baños repetidos: esta es muy sensible en todas las partes en que no es callosa, en las arrugas, y en los demás puntos en que no está desecada ni endurecida. Las picaduras de las moscas son tan sensibles para el elefante, que emplea no solamente sus movimientos naturales, sino también los recursos de su inteligencia para librarse de ellas: se sirve de su cola, de sus orejas y de su trompa para espantarlas; encoge su piel en todas las partes en que puede arrugarla, y las mata entre las arrugas; coge ramos de árboles y manojos de paja larga para espantarlas; y cuando le falta todo esto, recoge polvo con su trompa y cubre con él todos los parajes sensibles: se le ha visto

polvorearse de esta suerte varias veces al dia , y hacerlo á propósito, esto es , al salir del baño (1).

El uso del agua es casi tan necesario á estos animales, como el del aire y de la tierra: así es que cuando gozan de libertad rara vez salen de las riberas de los rios, entran frecuentemente en el agua hasta el vientre, y en ella pasan algunas horas todos los dias. En las Indias, donde se ha aprendido á tratarlos del modo mas conducente para su naturaleza y temperamento, los lavan con esmero, y se les da el tiempo necesario y todas las facilidades posibles para que se laven á sí mismos (2); les limpian

(1) Nos dijeron que el elefante de Versailles se revolcaba siempre en el polvo cuando se habia bañado, lo cual hacia con la mas posible frecuencia; y observamos que se echaba polvo en los parajes en que no se le habia pegado cuando se revolcaba, y que acostumbraba espantar las moscas, ó con un manojo de paja que cogia con su trompa, ó con polvo que arrojaba diestramente sobre los parajes en que se sentia picar, no habiendo cosa de que mas huyan las moscas que del polvo al caer. *Memorias para la historia de los animales*, part. III, página 417 y 418.

(2) A las ocho ó nueve de la mañana fuimos á la ribera del rio á ver como lavan los elefantes del Rey y

la piel, se la frotan con piedra pómez, y despues le echan esencias y aceite, y los pintan.

La conformacion de pies y piernas es singular tambien y muy distinta en el elefante que en la mayor parte de los animales. Las piernas delanteras parecen mas altas que las de atrás, y sin embargo, estas son algo mas largas (1): no están

de los grandes señores: el elefante entra en el agua hasta el vientre, y echándose sobre un lado coge agua repetidas veces con su trompa, y la echa sobre el lado que está al aire, para lavarle bien. El cornaca viene despues con una especie de piedra pómez, y frotando su piel, la limpia de toda la suciedad que se le pueda haber pegado. Algunos creen que cuando este animal está tendido en tierra no puede levantarse por sí mismo, lo cual es muy contrario á lo que yo he visto, porque cuando su cornaca le ha frotado bien por un lado, le manda que se vuelva del otro, lo cual hace el elefante con prontitud; y despues que se ha lavado bien por ambos lados, sale del rio, y está por algun tiempo de pie sobre la ribera para secarse: despues viene el cornaca con una vasija llena de color rojo ó amarillo, y le hace con él rayas en la frente, al rededor de los ojos, sobre el pecho y las ancas, frotándole despues con aceite de coco para fortificar los nervios. *Viaje de Tavernier*, tom. III, pág. 264 y sig.

(1) *Memorias para la historia de los animales*, parte III, pág. 402.

dobladas en dos parajes, como las piernas traseras del caballo ó del buey, en las cuales el muslo está casi enteramente metido en las ancas, la rodilla muy cercana al vientre, y los huesos del pie tan elevados y largos que parece forman una gran parte de la pierna; en el elefante, por lo contrario, esta parte es muy pequeña, y se sienta en el suelo; tiene la rodilla en medio de la pierna como el hombre, y no junto al vientre; y su pie tan corto y pequeño está dividido en cinco dedos, todos los cuales están cubiertos con la piel, por manera que ninguno se descubre en lo exterior. Solamente se ven una especie de uñas (1); pero á veces no se hallan mas de cuatro (2), y aun tres, y en este caso no corresponden exactamente á la estremidad de los de-

(1) Los señores de la Academia Real de las ciencias nos habian recomendado que examinásemos si todos los elefantes tienen uñas en los pies: nosotros no hemos visto ninguno que no tuviese cinco en cada pie á la estremidad de cinco dedos gruesos; pero los dedos son tan cortos, que apenas salen de la masa del pie. *Primer viaje del P. Tachard*, p. 273.

(2) Todos los que han escrito sobre el elefante ponen cinco uñas en cada pie, pero el nuestro no tenia mas que tres: el pequeño indiano de que se ha hablado tenia cuatro, así en los pies delanteros, como en los traseros; sin embargo, lo cierto es que tiene

dos. Por lo demás, esta variedad que no se ha observado sino en elefantes pequeños trasportados á Europa, parece ser puramente accidental, y depende con toda verosimilitud del modo con que el elefante ha sido tratado en los primeros años de su incremento. La planta del pie está cubierta de una suela de cuero duro como el cuerno, y que sobresale por todo el rededor, y de cuya misma sustancia están formadas las uñas.

Las orejas del elefante son muy largas, y el animal se sirve de ellas como de un abanico, meneándolas y sacudiéndolas conforme le place. Su cola no es mas larga que la oreja, y por lo regular no tiene mas de dos pies y medio ó tres de longitud; es bastante delgada, puntiaguda, y está guarnecida en la estremidad de un mechón de pelos recios, ó mas bien de filamentos córneos, negros, brillantes y sólidos: este mismo pelo es del grueso y tenacidad cada uno de un hilo de alambre recio, y un hombre no puede romperle tirándole con las manos, aunque elástico y flexible. Por lo demás, ese mechón de pelo es un adorno muy apetecido de las Negras, que probablemente le atribuyen al-

cinco en cada pie. *Memorias para la historia de los animales*, part. III, pág. 103.

guna supersticion (1): una cola de elefante se vende á veces por dos ó tres esclavos; y los Negros arriesgan muchas veces la vida por cortársela al elefante cuando está vivo. Además del referido mechon que tiene á la estremidad, está la cola cubierta, ó por mejor decir, sembrada en toda su longitud de cerdas duras y mas recias que las del jabali, cerdas que se hallan tambien sobre la parte convexa de la trompa y en las pestañas, donde tienen á las veces mas de un pie de longitud. Las cerdas ó pelos de ambas pestañas no se hallan sino en el hombre, en el mono y en el elefante.

El clima, el alimento, la libertad y la esclavitud influyen mucho con respecto al incremento y copulencia del elefante. Por lo general, aquellos que han sido cogidos en su juventud y

(1) Merulla observa que un gran número de gentiles de estos paises, sobre todo los Jagas, tienen cierta especie de devocion á la cola del elefante. Si la muerte les arrebatara alguno de sus gefes, conservan en su honor una de estas colas, á la cual dan cierto culto, fundado en la opinion que tienen de su fuerza. Emprenden cacerías de intento para cortarlas, pero deben cortarse de un solo golpe, y el animal debe estar vivo, sin lo cual la supersticion no le atribuiria ninguna virtud. *Historia general de los viajes*, por Mr. Prevost, tom. v, pág. 79.

reducidos á cautiverio, no llegan nunca á las dimensiones completas de la naturaleza. Los mayores elefantes de la India y de las costas orientales de Africa tienen diez y seis pies de altura; los mas pequeños, que se hallan en el Senegal y en las otras partes del Africa occidental, no tienen mas que de once ó doce pies, y ninguno de los que han sido traídos jóvenes á Europa ha llegado á tanta altura. El de la casa de fieras de Versalles, que venia de Congo (1), no tenia mas de ocho pies y medio de altura á la edad de diez y siete años, y en trece años que vivió no creció mas de un pie; de suerte, que á la edad de cuatro años que le enviaron, no tenia mas que siete pies y medio de alto; y como el incremento va siempre en disminucion, no se puede suponer que si hubiese llegado á la edad de treinta años, que es el término regular del tal aumento, hubiese adquirido mas de ocho pies y medio de altura. Por consiguiente, la condicion ó el estado de domesticidad reduce á lo menos de un tercio el incremento del animal, no solamente en altura, sino en todas las demas dimensiones. La longitud de su cuerpo, medida desde el ojo hasta el nacimiento de la cola, es

(1) *Memorias para la historia de los animales*, parte III, pág. 101 y 102.

casi igual á su altura tomada al nivel de la cruz: así que un elefante de la India de diez y seis pies de altura es siete veces mas corpulento y mas pesado que el elefante de Versalles. Si comparamos el incremento de este animal con el del hombre, hallaremos que, teniendo el niño por lo regular treinta y una pulgadas, esto es, la mitad de su altura á los dos años, y adquiriendo su aumento total á los veinte, el elefante que no llega á él sino hasta los treinta, debe tener la mitad de su altura á los tres años; y de la misma suerte, si se quiere juzgar de lo enorme de la mole del elefante, se hallará que suponiendo el volúmen del cuerpo de un hombre de dos pies y medio cúbicos, el del cuerpo de un elefante de diez y seis pies de longitud, no suponiéndole mas que tres y medio de grueso, y de mediana anchura, seria cincuenta veces tan corpulento como un hombre (1), y que por consiguiente, un elefante debe pesar tanto como cincuenta hombres. « Yo he visto, dice el P. Vicente Ma-

(1) Pereire, en la *Vida de Gasendo*, dice que hizo pesar un elefante, y halló que pesaba tres mil quinientas libras: ese elefante seria probablemente muy pequeño, porque aquel cuyas dimensiones acabamos de dar, y que tal vez hemos reducido demasiado, pesaria cuando menos ocho mil libras.

ria, algunos elefantes que tenían catorce ó quince pies de alto (1), con la longitud y anchura proporcionadas. El macho es siempre mayor que la hembra. El precio de esos animales se aumenta á proporcion de su magnitud, la cual se mide desde el ojo hasta la estremidad de los lomos; y cuando llega la dimension á cierto término, el precio se aumenta como el de las piedras preciosas (2). Los elefantes de Guinea, dice Bosman, tienen diez, doce, ó trece pies (3) de alto, y son incomparablemente mas pequeños que los de las Indias orientales, puesto que los que han escrito la historia de esos países les dan mas codos de altura, que pies tienen aquellos (4). Yo he visto elefantes de quince pies de alto, dice Eduardo Terry (5), y muchos sugetos me han asegurado haberlos visto de quince pies de altura (6). » De estos testimonios y de otros muchos que se pudieran recoger aun, se debe con-

(1) Estos pies son probablemente romanos.

(2) *Viajes á las Indias orientales*, por el P. Vicente Maria, cap. xi, pág. 396.

(3) Estos pies son probablemente del Rhin.

(4) *Viaje de Guinea*, de Guillermo Bosman, página 244.

(5) *Viaje á las Indias orientales*, por Eduardo Terry, pág. 43.

(6) Estos tal vez son pies ingleses.